

**A** sí que después de tantos gritos, decido que ya basta. Voy a mi cuarto, me pongo unos pantalones (mis pantalones), me recojo el pelo (mi pelo) y salgo de casa, sin dar un portazo, sin montar más numeritos de feria.

Bajando las escaleras veo que tengo dos llamadas perdidas de mamá. Observo cómo la pantalla se ilumina y parpadea, pero no se lo cojo. Esta tarde, yo decido.

Y lo que he decidido esta tarde es que quiero un Frigo Pie.

Cuando llego a la parada del tranvía todos los pasajeros se echan hacia la derecha. Exacto: hacia la esquina opuesta donde yo estoy.

Genial. Creen que soy idiota, que no me doy cuenta. Un chico no para de mirarme. Sus ojos parecen no dar crédito a lo que están viendo. A su lado, una pareja de chicas se pone a hacerme fotos. Sus mandíbulas están totalmente desencajadas. Ni siquiera oigo a los estudiantes que van a la universidad compadecerse por los exámenes. Nadie dice nada, ni comenta lo mucho que tarda el tranvía (para variar). Lo sabía, me digo a mí misma.

Sabía que tenía que haberme puesto los pantalones rosa.

Pero ahora ya es tarde para volver a casa. El silencio es insostenible, me saca de quicio. Acuérdate del Frigo Pie, me digo. Entonces se me ocurre encender el iPod y ponerme los auriculares, como si fuera a escuchar una canción. Solo que no lo hago.

Sí. Es cuando creen que no los escucho cuando los muy imbéciles se ponen a cuchichear. Todas sus voces parecen la misma, distinta de mi voz. Echo un vistazo rápido. El chaval más cerca de mí debe estar a poco menos de seis metros, al lado de la máquina de billetes. No para de murmurar cosas ininteligibles. Trata de echarse hacia atrás, pero en la esquina de la parada hay demasiada gente apelotonada tras él. Falta espacio.

También hay una señora con un bebé en el carrito. El niño no para de llorar desde que he llegado pero su madre, que parece muy asustada, le dice que se calle.

Pero no se calla.

El niño no puede dejar de llorar.

Acabo sola en el andén, claro, pero no me importa lo más mínimo. Me he sentado al lado de la ventana, donde puedo ver una tienda de regalos que se llama El Patito Feo. Me encanta esa tienda. Enrique y yo solemos ir todas las tardes después del instituto.

Corrijo.

Solíamos.

Conforme el tranvía asciende por la avenida noto cómo empiezo a calmarme, y eso es bueno. Tiene que ver el hecho de estar escuchando algo de música. Mamá siempre me dice que escuchar canciones podría ayudarme.

Tras un buen rato arriba y abajo con mi iPod (solo me queda un veinte por ciento de batería. Fantástico) decido poner en aleatorio una lista de Spotify que combina grupos indie «de entonces y ahora, pasando por clásicos hasta las últimas tendencias».

Sí, mamá tenía razón. Como un acto reflejo echo un vistazo rápido al móvil.

Quince llamadas perdidas. Dieciséis.

Diecisiete.

El pensamiento pasa por mi cabeza como un relámpago, al mismo tiempo que el tranvía llega a una nueva parada.

Quizás debería llamarla.

Quizás debería pedirles perdón.

Una pareja (como la pareja que Enrique y yo fuimos una vez) entra en el vagón. El chico lleva a la chica por la cintura. Parecen felices. El chico (mucho menos guapo que Enrique) gira la cabeza hacia donde estoy sentada.

Cielos.

No sabía que un chico pudiera gritar así.

La chica (mucho más delgada y guapa que yo, por supuesto) se lleva las manos a la cabeza. Al principio no dice nada, aunque no para de mover los labios, indecisa, como si su cuerpo no supiera cómo reaccionar. Sus cuerpos se tambalean, inútiles. Me pregunto si las puertas automáticas les atraparán en medio.

Es solo un pensamiento.

Ahora que lo pienso, estoy segura de que ahora mismo lo único que puede calmarle en el mundo es un Frigo Pie.

Sí. Estoy segura.

Mientras la música suena, el mundo está en silencio. Sin embargo, a veces, entre canción y canción, alcanzo a oír un ligero ruido de fondo, sonidos que se cuelean por los auriculares.

Son los pasajeros del vagón contiguo, golpeando las ventanas con un frenesí amortiguado por el cristal. El volumen está al máximo así que decido pasar la canción antes de que termine, para ahorrarle los cinco o diez segundos de espera entre cada canción.

Sí. Así yo estoy mejor.

Ahora que lo recuerdo, Enrique pensaba que los Frigo Pie eran solo para críos.

Cuando discutíamos solía decirme que yo era una niña pequeña y que me lo tomaba todo a mal. Pero ahora que mi cabeza está ocupada con la lista de country alternativo, me doy cuenta que eso no es del todo cierto.

Por ejemplo: Enrique siempre me decía que yo tenía la culpa de que no estudiara lo suficiente (aunque yo le dejara salir con sus amigos todos los fines de semana).

Vale, de acuerdo. ¿Pero cómo puede tener la culpa de que suspendiera matemáticas y física en septiembre? ¿Si yo me quedaba en casa y yo no iba a verle a la playa para que pudiera estudiar! ¡Tenía todo el tiempo del mundo!

Otro ejemplo: yo solía fugarme mis clases particulares de inglés cuando Enrique me decía que podía quedar conmigo. Pero luego, siempre en el último momento, Enrique me escribía un mensaje diciéndome que unos amigos habían ido a visitarle y que no podíamos vernos.

¿Acaso me enfadé y se lo reproché alguna vez?

¡Nunca!

Muchas veces, cuando me cansa-



ba de llorar en casa, le pedía consejo a mamá. Creía que era buena idea, porque mamá sabe mucho del amor.

Mamá me escuchaba sin interrumpirme. Luego me decía que tenía que ser buena con Enrique y que debía quererle mucho, e intentar hacerle feliz. Yo hacía caso a mamá e intentaba hacerle feliz con pequeños detalles, como esa cajita realizada artesanalmente con papel maché y virutas de colores, cuyo interior contenía varios de mis poemas (sí, también escribo poesía) expresando lo importante que era para mí.

Decidme, ¿queréis saber lo que Enrique me dijo tras darle su regalo de cumpleaños? ¿Queréis saber de verdad cómo reaccionó al ver nuestras fotografías juntos?

¿Lo que ocurrió aquella tarde?

¿La última vez que lo vi?

Cuando llegamos al final del trayecto el tranvía está en absoluto silencio.

Las puertas del vagón se abren.

Me bajo solo yo, claro. Recorro la distancia que hay entre la parada y el complejo comercial despacio, casi bailando al son de la última canción de la lista de reproducción.

Conforme llego al centro comercial distingo los primeros restaurantes. Foster's Hollywood. McDonald's. Hay algunas personas sentadas en las terrazas. Sin embargo, en cuanto me ven llegar apartan las sillas y echan a correr hacia los aparcamientos.

Padres que recogen a sus hijos de los brazos, amigos que saltan por encima de las vallas. Sus cuerpos tropiezan unos contra otros de forma inútil, sin éxito, una y otra vez.

Mis listas de reproducción. Mi madre. Mi chico. Mi amor.

¿Mi vida?

No soy perfecta, eso lo sé. Soy algo descuidada con mi aspecto (aunque me he prometido apuntarme a un gimnasio el mes que viene) y tengo una memoria pési-

ma. Por ejemplo, ahora mismo no recuerdo si la tienda que vende los Frigo Pie está a la derecha, cerca de los cines, o al fondo, en la tienda de chucherías de la planta baja.

Las puertas del centro comercial se abren sin hacer ruido, al contrario que las sillas cayendo al suelo, o los clientes de Burger King saliendo disparados lejos de mí. Distingo un pequeño tumulto de cuerpos, aprisionados como sardinas en las escaleras mecánicas. No lo conseguirán.

Empiezo a dar mis primeros pasos en el interior del complejo. Atrás quedan el atasco de cientos de coches, el sonido de los chasis reventando, cristales rotos, cuerpos transformados en proyectiles. Sí, ahora me acuerdo.

La tienda de helados tiene que estar a la derecha.

Una pareja no para de hacerme fotos. Fotos de mí entrando en la heladería. Fotos de mí tratando de pedir un helado. Resulta ser una yogurtería de productos naturales. Estupendo.

Aquí no sirven Frigo Pie. Más buenas noticias.

No más «siempre eres tú, siempre eres tú». Nada de «siempre yo». A partir de ahora, yo primero.

Yo siempre.

Yo, yo, yo, yo, yo.

Recorro los pasillos desiertos del centro comercial, hasta llegar a la tienda de golosinas. Mis manos casi se congelan rebuscando en los contenedores frigoríficos. Twister. Magnum. Nada.

No tienen Frigo Pie.

Vuelvo sobre mis pasos, hasta llegar a la puerta principal. Distingo destellos de luz al otro lado. Azules y blancas y también rojas. Me acerco un poco más.

Es entonces cuando los veo.

Hay como una docena de coches policías repartidos sobre el aparcamiento. También veo un helicóptero. Cuatro furgones negros.

Escucho una voz tras un altavoz. Palabras de advertencia y terror.

Me quedo un rato contemplando el paisaje, al otro lado de la cristalera. Pienso qué opciones tengo, hasta que por fin una luz se enciende en mi cabeza.

Hay otro centro comercial, a unos doscientos metros de aquí. Allí hay un supermercado. Tienen que tener una gran sección solo para helados. Seguro.

Sonrío. Vuelvo a estar contenta. Me pongo los auriculares y selecciono una lista de reproducción sosegada. El anuncio de la policía se desvanece. El mundo queda en silencio. Mi mundo.

Una última idea brillante recorre mi cabeza antes de salir al exterior.

Dios, cómo no lo había recordado antes.

En el otro centro comercial, allí donde tiene que estar esperándome un Frigo Pie, cogieron a Enrique para unas prácticas. Trabaja en la sección de televisores de plasma.

Trato de memorizarlo.

Televisores de plasma, televisores de plasma, televisores de plasma.

Yo, yo, yo, yo.

Quizás no vaya a ser una mala tarde, después de todo.